

que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos ó les han excédido, viene ya á descubrirse la razon por que muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que, aunque contemplo nuestras poesias antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavía, sin embargo, producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atreveria tambien á decir que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesia, la epopeya y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demás géneros cortos, podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré, en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la indole de la lengua, y para formar el gusto y el oido en el número y fluidez de los versos y en la estructura del periodo poético castellano. No seria difícil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en nuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva ó el desprecio exagerado de los padres de la poesia española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

## POESÍAS

### AL MAR.

Calma un momento tus soberbias ondas,  
 Océano inmortal, y no á mi acento  
 Con eco turbulento  
 Desde tu seno liquido respondas.  
 Cálmate, y sufre que la vista mia  
 Por tu inquieta llanura  
 Se tienda á su placer. Sonó en mi mente  
 Tu inmenso poderío,  
 Y á las playas remotas de occidente  
 Corrí desde el humilde Manzanares  
 Por contemplar tu gloria,  
 Y adorarte tambien, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía  
 En ansia de admirar, y desdeñando  
 El cerco oscuro y vil que la ceñia,  
 Tal vez allá volaba  
 Do la eterna pirámide se eleva  
 Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.  
 Tal vez trepar osaba  
 Al Etna mugidor, y allí veia  
 Bullir dentro el gran horno,  
 Y por la nieve que le ciñe en torno  
 Los torrentes correr de ardiente lava,

Los peñascos volar, y en hondo espanto  
Temblar Trinacria al pavoroso trueno ;  
Mas nada, ¡ oh sacro mar ! nada ansié tanto  
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto á ti : tu hirviente espuma  
El alto escollo sin cesar blanquea  
Do entre temor y admiracion te miro.  
Inquieto centellea  
En tu cristal el sol, que al occidente,  
De majestad vestido, huye y se esconde.  
¿ Dónde es tu fin ? ¿ En dónde  
Mis ojos le hallarán ? Con pié ligero  
Tú te tiendes y corres, y llevado  
Cual en las alas de aquilon sonante,  
Mi espíritu anhelante  
Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,  
Y endeble desfallece  
Á tanta inmensidad. ¿ Te hizo el destino  
Para ceñir y asegurar la tierra,  
Ó en brazo aterrador á hacerle guerra ?

¡ Ay ! que ese resonante movimiento  
Me abate el corazon. Yo vi las mieses  
Agitadas del viento  
En los estivos meses,  
Y dóciles y trémulas llevarse,  
Y en seco son de su furor quejarse.  
Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas,  
Contrastados tambien los altos pinos,  
Sacudirse y bramar ; mas no este ciego,  
Este hervir vividor, estas oleadas  
Que llegan, huyen, vuelven,  
Sin cansarse jamás : tiembla la arena  
Al golpe azotador, y tú rugiendo  
Revuélveste y sacudes  
Una vez y otra vez : al ronco estruendo  
Los ecos ensordecen,  
Los escollos mas altos se estremecen.

Cesa ¡ oh mar ! Cesa ¡ oh mar ! Ten, compasivo,  
Piedad del flaco asiento  
Que me sostiene exánime y pasmado.  
¿ No me oyes, no ? ¿ Y violento  
Te ensoberbeces mas ? Ya desalado  
El horrendo huracan, silva contigo.  
¿ Qué muralla, qué abrigo  
Bastarán contra ti ? Negras las olas  
Á manera de sierras se levantan,  
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma  
Su furia ostentan y mi pecho espantan.  
¿ Llegó tal vez el dia  
En que, tras tanta guerra,  
El paso vencedor des en la tierra,  
Y bramando allá dentro, envuelvas ciego  
Playas, imperios y hombres infelices,  
Y al hondo abismo los sepultes luego,

Como cuando en tu vértigo espantoso  
La Atlántica se hundió ? Con fuerte mano  
Las zonas todas de la tierra asidas,  
Burlar pensaban tu furor, y en vano ;  
Que al golpe redoblado, impetuoso,  
El eje poderoso  
Se sintió vacilante, y estallando  
Perdió su alto nivel : luchando entonces  
Las ondas con las ondas se encontraron,  
Y horrisonas cayeron,  
Y el orbe estremecido desgarraron.  
¿ Dó la región vastísima que un dia  
Desde Atlas á la América corria ?  
Destrozada, anegada, hoy solo dura  
En la fragosa altura  
Que de tanto furor salvó la frente ;  
Dura ya solo en la memoria oscura,  
Que lleva, ¡ oh insano mar ! de gente en gente  
Los ecos voladores  
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡ Y tanta fué del hombre la osadía,

Que los quiso arrostrar! Sube á los montes,  
 Y la tenaz porfia  
 De su mordaz segur humilla al suelo  
 Al cedro que resiste á las edades,  
 Al pino que se esconde allá en el cielo.  
 Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,  
 En nadantes alcázares miraron  
 Trocar su antiguo ser y su destino,  
 Y al aire dando el vagoroso lino,  
 Los leves campos de cristal surearon.  
 Adios, amada playa: adios, hogares:  
 El hombre audaz en la orgullosa popa  
 Os mira, os huye, y por los anchos mares  
 Al volver de las ondas se confia.  
 En vano el rumbo le negaban ellas;  
 Él le arrancó en el cielo  
 Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces  
 Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso  
 El alto tormentorio amenazaba;  
 Con un mar de terror y proceloso  
 Las puertas del oriente defendía;  
 Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,  
 Y los hijos de Luso al punto hollaron  
 El golfo indiano y la mansion de Brama.  
 Colon, arrebatado  
 De un númen celestial, busca atrevido  
 El nuevo mundo revelado á él solo;  
 Y tres veces el polo  
 Ve al impávido Cook romper los hielos  
 Que á fuer de montes su rigor despide,  
 Descubriendo el secreto vergonzoso  
 Del yermo inmenso á que sin fin preside.  
 ¡Gloria eterna á sus nombres! ¡Dadme rosas,  
 Dadme lauro inmortal que adorne y ciña  
 Sus frentes generosas!  
 Mirad la tierra á su divino esfuerzo  
 Enriquecerse toda, y mil tesoros

De su fecundo seno  
 Benéfica brotar; mirad la aurora  
 Unida al occidente,  
 Y al septentrion el sur. Á este portentoso  
 Furioso el Océano,  
 Es fama que gritó: « ¡ Con que es en vano  
 Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo  
 El valladar profundo  
 De mis terribles ondas,  
 Un mundo haya negado al otro mundo! »

¿Cómo después tan abundosa fuente  
 De amistad y de union tornarse pudo  
 De estragos y violencias  
 Perenne manantial? Se alzó insolente  
 La vil codicia, y navegar con ella  
 Se vió el odio fatal en los navios.  
 ¿No era bastante, impíos,  
 Los vientos escuchar que en torno braman,  
 Los escollos temblar, mirar el cielo  
 Cubrirse todo de espantosas nubes  
 Y arderse en rayos, á los piés hirviendo  
 Sentir el mar sañudo,  
 Y una tabla sutil ser vuestro escudo;  
 Sin que á tan tristes plagas  
 Añadieseis tambien la plaga horrenda  
 De la guerra cruel? Ardiendo en ira  
 Ella cruza, ella agita, y atronado  
 El ponto, en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡ bárbaro nombre! á mis oidos  
 Mas triste y espantoso  
 Que este mar borrascoso,  
 Tan terrible y atroz en sus rugidos.  
 ¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces  
 El horror que te tengo el universo  
 Te jurara tambien! Ondas feroces,  
 Sed justas una vez: ya que la tierra  
 Muda consiente que la hueste impia

De Marte asolador brame en su seno,  
 Vosotras algun dia  
 Vengadla sin piedad : esas crueles,  
 Esas soberbias naos  
 Que, preñadas de escándalo y rencores,  
 Turban vuestro cristal con sus furoros,  
 Del cielo y vientos contrastar se vean,  
 Y en ciego torbellino  
 Todas á un tiempo devoradas sean.  
 Tal vez así de la discordia el fuego  
 No osará profanar el Océano,  
 Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

(1798.)

#### Á LA HERMOSURA.

Cuando en la flor de mis risueños dias  
 Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,  
 ¡ Oh cómo palpité ! ¡ Cómo mi pecho  
 Te amó, te idolatró ! Tú númen fuiste  
 Que desplegar hiciste  
 El vuelo de mi voz, tú presidias  
 De mi cítara al son, que entonces era  
 Mas bien el eco de las ansias mias  
 Que el eco de tu gloria : exento ahora  
 De temor, de deseo y de esperanza,  
 Que aceptes pido con afable agrado  
 El tributo que rindo á tu alabanza.

¡ Oh si al formar tu vencedor traslado,  
 Benigno el cielo, la apacible tinta  
 Me diera con que el dia en el oriente  
 Nace á inundarle en cándidos albores !  
 ¡ Los hermosos colores  
 Flora me diera con que adorna y pinta  
 Al soberbio clavel su altiva frente !  
 Diérame de su seno la fragancia,  
 Y la bella elegancia

Que gentiles los álamos despliegan  
 Cuando las auras del abril los mecen,  
 Cuando las lluvias del abril los riegan.

Á tu nacer testigo  
 El orbe se recrea,  
 Que tanto llega á florecer contigo;  
 Y te contempla en tu halagüeña cuna,  
 Como al morir el dia  
 Mira el recinto de la selva umbria  
 La incierta luz de la naciente luna.  
 Mirate amor alborozado, y lleno  
 Ya del ardor que en esperanza siente,  
 « Yo bañaré con mi esplendor su frente,  
 Soberbio exclama, y con mi ardor su seno. »

Crece; que el lirio y la purpúrea rosa  
 Tiñan tus gratos miembros á porfia;  
 El sol de mediodía  
 La lumbre encienda de tus ojos bellos;  
 Que el tímido pudor la temple en ellos;  
 La esencia de las flores  
 Tu dulce aliento sea,  
 Y á velar tus encantos vencedores  
 Bajen en crespas ondas tus cabellos;  
 En tu nevado seno  
 Empiecen los amores  
 La primera á gustar de sus delicias;  
 Tu pié en la danza embellecer se vea,  
 Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la beldad, alza la frente,  
 Mira tu gloria; al contemplarla el sabio  
 Despide de su mente  
 La grave austeridad; la indiferente  
 Desmayada vejez siente que inflama  
 Tu viva lumbre sus cenizas frias,  
 Y suspirando exclama :  
 « ¡ Ah, quien volviera á los floridos dias ! »

Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega  
La juventud á oleadas  
Corre, y se agolpa tras de tí, y á oleadas  
Su tierno afan á tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos  
Te halaga en derredor! ¡Qué de suspiros!  
¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,  
Sin ver ni agradecer, sigues hollando  
La apacible carrera  
Sembrada de placer, ornada en flores,  
Tras tu carro de triunfo arrebatando  
Los míseros despojos  
De tantos amadores  
Que al son de su cadena,  
Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto á tí suspira,  
Que el dulce néctar de tu risa bebe,  
Que á demandarte compasion se atreve,  
Y blandamente palpar te mira!  
¡En fin triunfaste, amor! ¿Cuál es la gloria  
Que iguale en su contento  
Á tan bella y magnífica victoria?  
Mira al mortal que devoró los dones,  
Los dulces dones suspirados tanto,  
Cual se agita impaciente, estremecido,  
De vanidad henchido,  
De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡Ay Dios! ¡Y llega un día  
En que del albo seno,  
Cansada la hermosura,  
Lanza al amor! Amor la embellecía;  
Él su semblante de expresion bañaba,  
Él gracia la inspiraba y bizzarria;  
El mundo la veía,  
Y cual templo de un Dios la respetaba.  
Y ora apagando la sagrada antorcha,

Sus alas tiende amor, y huye gimiendo  
A la vana inconstancia, á la falsía,  
Que su altar profanaron  
Y la alma, fuente del sentir, cegaron.

No así en tí se cegó, cuando á la tierra  
Ejemplo dabas del amor mas puro,  
Heloisa infeliz. ¿Cuál fué la mano  
Que, despiadada y dura,  
Hundió en ese recinto pavoroso,  
Morada del horror, tanta hermosura?  
Y respondes: « Mi amor. » ¿Quién por tu seno  
Dilató de tan bárbaros dolores  
El amargo raudal? « Mi amor. » ¿Un tiempo  
No llegará en que espire  
El nombre de Abelardo en tus clamores,  
De que el eco se llena,  
Y en esas anchas bóvedas resuena?

« No lo sufre mi amor. Mira los días  
Cual pasaron por mí; su triste huella  
Marchitó mi beldad, sin que un instante  
Viese templar la inapagable llama  
Que me consume. Feneció mi amante  
Sin fenecer mi amor; sus restos frios  
Son sin cesar bañados  
De ardiente llanto y de lamentos míos  
Déjame en ellos inundarme; el cielo  
Este solo placer es el que ha dado  
Á mi infelice suerte.  
Déjame mi dolor; cuando la muerte  
Venga á librarme del horror del mundo,  
Entonces ¡ay! en mi postrer momento  
Abelardo, dirá con hondo acento,  
Abelardo, mi labio moribundo. »

Así sus ayes lastimeros hienden  
De siglo á siglo, y sus agudos ecos  
En lástima y amor el pecho encienden

Rosas y mirtos á su tumba, y llanto.  
 Llanto mas bien; las lágrimas que vierto,  
 Al mismo tiempo que mi voz la nombra,  
 Son dulce ofrenda á su adorable sombra.  
 ¿ Tanto vale el sentir? ¿ Á tanto alcanza  
 Su divino poder? Ojos hermosos,  
 Sabed que nunca pareceis mas bellos,  
 Sabed que nunca sois mas poderosos  
 Que cuando en vos se mira  
 El vivo afan que el sentimiento inspira.  
 Sin él ¿ qué es la beldad? Flor inodora.  
 Estatua muda que la vista admira,  
 Y que insensible el corazon no adora.

## AL SUEÑO.

Tú, mudo esposo de la noche umbria,  
 ¡ Oh padre del sosiego,  
 Sueño consolador! ¿ por qué te niegas  
 Á mi lloroso ruego?  
 ¿ Por qué á mis sienes con piedad no llegas?  
 Y no que lento y vagaroso bates  
 Lejos de mí tu desmayado vuelo,  
 Y esparces en el suelo  
 La niebla del balsámico rocío  
 Con que el dolor serenas  
 Y el vivo afan de las acerbas penas.

Duélete ¡ oh sueño! al contemplar las mias;  
 Suspende, ¡ ay Dios! suspende  
 Por un momento el velador cuidado,  
 Y en él tu velo vaporoso tiende.  
 ¿ No bastan, di, para penar los dias?  
 Mi espíritu, rendido  
 Á tanta agitacion, mi triste pecho,  
 De palpar cansado,  
 Y en ansia y fuego el corazon deshecho,

Tu celestial venida  
 Imploran ¡ ay! á restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano  
 Mezclarme quise al alborozo insano  
 Del ruidoso festin, y la ancha copa  
 Henchí tres veces de espumoso vino.  
 Tres veces la apuré, sediento y ciego;  
 Pero en mi yerta boca  
 Se heló la risa y se tornó en gemido.  
 Y el ardiente licor que entró en mi seno,  
 En vez de dar á mi dolor reposo,  
 Raudal fué impetuoso  
 De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor, oías,  
 Y blandamente en derredor volabas,  
 Y halagüeño doblabas  
 La gloria de mis dias,  
 Que tú en la noche á redoblar venias.  
 ¡ Oh ilusiones de bien! ¿ Dónde habeis ido  
 ¿ Tal vez á no tornar? Tal vez si ahora  
 ¡ Oh sueño! has de venir, vendrá contigo  
 Á atormentarme airada  
 Del bien perdido la doliente idea;  
 Mas ven, sueño, á mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas  
 Al ocaso avecinan  
 Su refulgente carro, y presurosas  
 Las centellantes Pléyadas se inclinan,  
 La luna fatigada  
 Se retira hácia el mar, y ya la aurora  
 Precipita la hora  
 Que anuncia en el oriente  
 Su trémulo esplendor. ¡ Ay! vendrá el dia,  
 Vendrá, y mis ojos, de velar cansados,  
 Su luz no sostendrán ni su alegría.

¡ Rindete á compasion, sueño precioso !  
 Tu néctar delicioso  
 Mi triste frente halague,  
 Y blando y dulce y regalado vague...  
 ¿ Me escuchas ? ¡ Oh favor ! Ya desmayados  
 Mis sentidos fallecen,  
 Mis miembros se entorpecen,  
 Mis párpados se agravan,  
 Las penas mismas su inclemencia fiera  
 Con tu presencia acaban.  
 ¡ Quién de ellas libre al despertar se viera !

#### Á LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿ Será que siempre la ambicion sangrienta  
 Ó del solio el poder pronuncie solo,  
 Cuando la trompa de la fama alienta  
 Vuestro divino labio, hijos de Apolo?  
 ¿ No os da rubor? El don de la alabanza,  
 La hermosa luz de la brillante gloria,  
 ¿ Serán tal vez del nombre á quien daria  
 Eterno oprobio ó maldicion la historia?  
 ¡ Oh! despertad : el humillado acento  
 Con majestad no usada  
 Suba á las nubes penetrando el viento;  
 Y si quereis que el universo os crea  
 Dignos del lauro en que ceñís la frente,  
 Que vuestro canto enérgico y valiente  
 Digno tambien del universo sea.

No los aromas del loor se vieron  
 Vilmente degradados  
 Así en la antigüedad; siempre las aras  
 De la invencion sublime,  
 Del genio bienhechor los recibieron.  
 Nace Saturno, y de la madre tierra  
 El seno abriendo con el fuerte arado,  
 El precioso tesoro

De vivifica mies descubre al suelo,  
 Y grato el canto le remonta al cielo,  
 Y Dios le nombra de los siglos de oro.  
 ¿ Dios no fuiste tambien tú, que allá un dia  
 Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,  
 Y trazándola en letras, detuviste  
 La palabra veloz que antes huía?

Sin tí se devoraban  
 Los siglos á los siglos, y á la tumba  
 De un olvido eternal yertos bajaban.  
 Tú fuiste : el pensamiento  
 Miró ensanchar la limitada esfera  
 Que en su infancia fatal le contenia.  
 Tendió las alas, y arribó á la altura  
 De do escuchar la edad que antes viviera,  
 Y hablar ya pudo con la edad futura.  
 ¡ Oh gloriosa ventura!  
 Goza, genio inmortal, goza tú solo  
 Del himno de alabanza y los honores  
 Que á tu invencion magnifica se deben :  
 Contéplala brillar; y cual si sola  
 Á ostentar su poder ella bastara,  
 Por tanto tiempo reposar natura  
 De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba  
 La plugo hacer de sí, y el Rin helado  
 Nacer vió á Guttemberg. « ¿ Con que es en vano  
 Que el hombre al pensamiento  
 Alcanzase escribiéndole á dar vida,  
 Si desnudo de curso y movimiento,  
 En letargosa oscuridad se olvida?  
 No basta un vaso á contener las olas  
 Del férvido Océano,  
 Ni en solo un libro dilatarse pueden  
 Los grandes dones del ingenio humano :  
 ¿ Qué les falta? ¿ Volar? Pues si á natura  
 Un tipo basta á producir sin cuento

Seres iguales, mi invencion la siga :  
Que en ecos mil y mil sienta doblarse  
Una misma verdad, y que consiga  
Las alas de la luz al desplegarse. »

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento  
Vieras la Europa atónita, agitada  
Con el estruendo sordo y formidable  
Que hace sañudo el viento  
Soplando el fuego asolador que encierra  
En sus cavernas lóbregas la tierra.  
¡Ay del alcázar que al error fundaron  
La estúpida ignorancia y tiranía!  
El volcan reventó, y á su porfia  
Los soberbios cimientos vacilaron.  
¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo  
Que abortó el dios del mal, y que insolente  
Sobre el despedazado Capitolio  
Á devorar el mundo impunemente  
Osó fundar su abominable solio?

Dura, si; mas su inmenso poderio  
Desplomándose va; pero su ruina  
Mostrará largamente sus estragos.  
Así torre fortísima domina  
La altiva cima de fragosa sierra;  
Su albergue en ella y su defensa hicieron  
Los hijos de la guerra,  
Y en ella su pujanza arrebatada  
Rugiendo los ejércitos rompieron.  
Después abandonada,  
Y del silencio y soledad sitiada,  
Conserva, aunque ruinoso, todavía  
La aterradora faz que antes tenia.  
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;  
Cae, los campos gimen  
Con los rotos escombros, y entre tanto  
Es escarnio y baldon de la comarca  
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes  
Ornó de la razon, mientras osada,  
Sedienta de saber la inteligencia,  
Abarca el universo en su gran vuelo.  
Levántase Copérnico hasta el cielo,  
Que un velo impenetrable antes cubria,  
Y allí contempla el eternal reposo  
Del astro luminoso  
Que da á torrentes su esplendor al dia.  
Siente bajo su planta Galileo  
Nuestro globo rodar, la Italia ciega  
Le da por premio un calabozo impio,  
Y el globo en tanto sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío.  
Y navegan con él impetuoso,  
Á modo de relámpagos huyendo,  
Los astros rutilantes; mas lanzado  
Veloz el genio de Newton tras ellos,  
Los sigue, los alcanza,  
Y á regular se atreve  
El grande impulso que sus orbes mueve.

« ¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,  
Hallar la ley en que sin fin se agitan  
La atmósfera y el mar, partir los rayos  
De la impalpable luz, y hasta en la tierra  
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna  
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,  
Vuélvete al hombre. » Ella volvió, y furiosa  
Lanzó su indignacion en sus clamores.  
« ¡Con que el mundo moral todo es horrores  
¡Con que la atroz cadena  
Que forjó en su furor la tiranía,  
De polo á polo inexorable suena,  
Y los hombres condena  
De la vil servidumbre á la agonía!  
¡Oh! no sea tal. » Los déspotas lo oyeron,  
Y el cuchillo y el fuego á la defensa  
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,  
 Que á devorarme horribles se presentan  
 Y en arrancarme á la verdad porfian,  
 Fanales son que á su esplendor me guian  
 An'orchas son que su victoria ostentan.  
 En su amor anhelante  
 Mi corazon extático la adora,  
 Mi espíritu la ve, mis piés la siguen.  
 No : ni el hierro ni el fuego amenazante  
 Posible es ya que á vacilar me obliguen.  
 ¿Soy dueño por ventura  
 De volver el pié atrás? Nunca las ondas  
 Tornan del Tajo á su primera fuente  
 Si una vez hácia el mar se arrebataron :  
 Las sierras, los peñascos su camino  
 Se cruzan á atajar; pero es en vano;  
 Que el vencedor destino  
 Las impele bramando al Océano.

Llegó pues el gran día  
 En que un mortal divino, sacudiendo  
 De entre la mengua universal la frente,  
 Con voz omnipotente  
 Dijo á la faz del mundo : « El hombre es libre. »  
 Y esta sagrada aclamacion saliendo,  
 No en los estrechos limites hundida  
 Se vió de una region; el eco grande  
 Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;  
 Y en ellas conducida,  
 Se mira en un momento  
 Salvar los montes, recorrer los mares,  
 Ocupar la extension del vago viento;  
 Y sin que el trono ó su furor la asombre,  
 Por todas partes el valiente grito  
 Sonar de la razon : « Libre es el hombre. »

Libre, sí, libre : ¡oh dulce voz! Mi pecho  
 Se dilata escuchándote, y palpita,  
 Y el númen que me agita,

De tu sagrada inspiracion henchido,  
 Á la region olimpica se eleva,  
 Y en sus alas flamigeras me lleva.  
 ¿Dónde quedais, mortales  
 Que mi canto escuchais? Desde esta cima  
 Miro al destino las ferradas puertas  
 De su alcázar abrir, el denso velo  
 De los siglos romperse, y descubrirse  
 Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra  
 Ese planeta misero en que ardieron  
 La implacable ambicion, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,  
 Como la peste y las borrascas huyen  
 De la afligida zona, que destruyen,  
 Si los vientos del polo aparecieron.  
 Los hombres todos su igualdad sintieron,  
 Y á recobrarla las valientes manos  
 Al fin con fuerza indómita movieron.  
 No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;  
 Que amor y paz el universo llenan,  
 Amor y paz por donde quier respiran,  
 Amor y paz sus ámbitos resuenan.  
 Y el Dios del bien sobre su trono de oro  
 El cetro eterno por los aires tiende;  
 Y la serenidad y la alegría  
 Al orbe que defiende  
 En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,  
 El magnifico y bello monumento  
 Que á mi atónita vista centellea?  
 No son, no, las pirámides que al viento  
 Levanta la miseria en la fortuna  
 Del que renombre entre opresion granjea.  
 Ante él por siempre humea  
 El perdurable incienso  
 Que grato el orbe á Guttemberg tributa :  
 Breve homenaje á su favor inmenso.

¡Gloria á aquel que la estúpida violencia  
De la fuerza aterró, sobre ella alzando  
Á la alma inteligencia!  
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,  
Su influjo eternizó libre y fecundo :  
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

(Julio de 1800.)

#### Á JUAN DE PADILLA.

Todo á humillar la humanidad conspira :  
Faltó su fuerza á la sagrada lira,  
Su privilegio al canto,  
Y al genio su poder. ¿Los grandes ecos  
Dó están, que resonaban  
Allá en los templos de la Grecia un día,  
Cuando en los desmayados corazones  
Llama de gloria de repente ardía,  
Y el son hasta en las selvas convertía  
Á los tímidos ciervos en leones ?  
¡ Oh, cuál cantara yo si el dios del Pindo  
Poder tan grande á mis acentos diera !  
¡ Con qué vehemencia entonces la voz mía,  
Honor, constancia y libertad sonando,  
De un mar al otro mar se extendería.

¡ Patria ! nombre feliz, númen divino,  
Eterna fuente de virtud, en donde  
Su inestinguible ardor beben los buenos ;  
¡ Patria !... La vista atónita no encuentra  
Patria en torno de sí, ni el labio implora  
Con voz tan bella al simulacro yerto  
Que se muestra en su vez. Pálido, triste,  
De negro luto y de pavor cubierto,  
Ni aun á esquivar se atreve  
La mano asoladora  
De la furia execrable que, inclemente,  
Su seno oprime, su beldad desdora.

Sangre destila si afligido llora ;  
Su lúgubre alarido  
Rompe los aires, y en dolor bañado,  
Viene horroroso á lastimar mi oído.

¡ Perdona, madre España ! La flaqueza  
De tus cobardes hijos pudo sola  
Así enlutar tu sin igual belleza !  
¿ Quién fué de ellos jamás ? ¡ Ah ! vanamente  
Discurrir mi deseo  
Por tus fastos sangrientos y el contino  
Revolver de los tiempos ; vanamente  
Busco honor y virtud : fué tu destino  
Dar nacimiento un día  
Á un odioso tropel de hombres feroces,  
Colosos para el mal ; todos te hollaron,  
Todos ajaron tu feliz decoro ;  
¡ Y sus nombres aun viven ! ¡ Y su frente  
Pudo orlar impudente  
La vil posteridad con lauros de oro !

¡ Y uno solo ! ¡ Uno solo !... ¡ Oh, de Padilla  
Indignamente ajado,  
Nombre inmortal ! ¡ Oh gloria de Castilla !  
Mi espíritu agitado,  
Buscando alta virtud, renueva ahora  
Tu memoria infeliz. Sombra sublime,  
Rompe el silencio de tu eterna tumba,  
Rómpele, y torna á defender tu España,  
Que atada, opresa, envilecida, gime.  
Sí, tus virtudes solas,  
Solo tu ardor intrépido podría  
Volvernos al valor, y sacudido  
Por tí solo sería  
Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste  
Que osó arrostrar con generoso pecho  
Al huracan deshecho

Del despotismo en nuestra playa triste.  
 Abortóle la mar mas espantoso  
 Que los monstruos que encierra en su hondo seno,  
 Y él, respirando su infernal veneno,  
 Entre ignorancia universal marchaba,  
 Destruyendo sus piés cuanto corrieron.  
 ¿De qué pues nos valieron  
 Siete siglos de afan y nuestra sangre  
 Á torrentes verter? Lanzado en vano  
 Fué de Castilla el árabe inclemente,  
 Si otro opresor mas pérfido y tirano  
 Prepara el yugo á su infelice frente.

Ofendida, indignada  
 Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito  
 De venganza y de horror. « Vuela, hijo mio,  
 Vuela, y ahuyenta la espantosa plaga  
 Que me insulta y me amaga :  
 Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brio  
 Su curso infausto asolador quebranta. »  
 Dijo ; y cual rayo que volando asuela,  
 Ó como trueno que bramando espanta,  
 El héroe de Toledo recorría  
 Un campo y otro campo : el pueblo todo,  
 Conmovido á su voz, ardiendo en ira  
 Y anhelando vencer, corre furioso  
 Á la lucha fatal que se aprestaba.  
 Padilla le guiaba,  
 Y de la patria en su valiente mano  
 El estandarte espléndido ondeaba.

¡ Oh estrago ! ¡ Oh frenesí ! Dos veces fueron  
 Las que el genio feroz de la impia guerra  
 Entre muerte y dolor mezcló las haces ;  
 ¡ Haces que nunca combatir debieron !  
 Un hábito, una tierra  
 Eran, y una su ley, unas sus aras,  
 Uno su hablar. ¡ Ah bárbaros ! ¿ Y en vano  
 Naturaleza os diera

Vínculos tantos ? Suspended los hierros  
 Que sedientos de sangre en vuestras manos  
 Contemplo con horror : ¿ no sois hermanos ?  
 Todos á un tiempo, todos  
 Revolved : al furor de vuestros brazos  
 Caiga rota en pedazos  
 La soberbia del déspota insolente  
 Que á todos amenaza... ¿ En los oídos  
 No os dan los alaridos,  
 Las tristes quejas de la edad siguiente,  
 Que á ominosa cadena  
 Vuestra discordia pérfida condena ?

De polvo en tanto la confusa nube,  
 Nuncia ya del furor, turbando el dia,  
 Hasta el Olimpo sube ;  
 Y del bronce tronante al estallido  
 El viento sacudido  
 Raudo dilata por Castilla toda  
 En ecos el horror : corre la sangre,  
 Vuela la muerte... ¡ Oh Dios ! ¿ por qué dispersas  
 Las huestes vencedoras  
 Se derraman así ? Solo en el llano,  
 De arena y sangre y de sudor cubierto,  
 Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,  
 Y al fin cayó : su misera caida  
 La libertad rendida  
 Llevó tras sí. Cayó : cuando salieron  
 Sus últimos suspiros,  
 Al seno augusto de la patria huyeron.

Tajo profundo, que en arenas de oro  
 La rubia espalda deslizando, llegas  
 El pié á besar á la imperial Toledo ;  
 Toledo, que en desdoro  
 De su antigua altivez y su energía  
 Se encorva al yugo que esquivó algun dia ;  
 Toledo, oriente de Padilla... ¡ Oh rio !  
 Tú le viste nacer, tú lamentaste